

Pero aquella lamentable situación de España debía encontrar digno intérprete en la historia, y lo halla, en efecto, en Isidoro

realizado respecto de la *Cámara Santa de Oviedo*, que cualquiera que fuese el momento de la traslación, no es lícito poner en duda la venerable antigüedad del *Arca de las reliquias*. De ella hemos escrito, fijando la tradición artística que tan estrechamente se enlaza con la literaria: «Labrado este precioso monumento en Constantinopla ó Jerusalem, tal vez en el siglo VI del cristianismo, fué trasladado al Occidente durante la primera mitad del VII, despertando la admiración de los españoles, no solamente el número y la calidad de las reliquias que encerraba, sino también su belleza y magnificencia. Agrandada en siglos posteriores, ofrece hoy al estudio del arqueólogo dos artes distintas, bien que no desemejantes ni contrarias en sus elementos constitutivos: Graciosa arquería, genuinamente bizantina, bajo la cual se cobijan apóstoles, evangelistas y mártires de bello relieve, si bien aparece ya en estado decadente la escultura, decora la parte primitiva: véase en la moderna, añadida en tiempo de Alfonso VI, la tradicional representación del Salvador en el *Vesica Piscis*, sentado en silla curul, que exornan tres hiladas de arcos á la manera bizantina, y rodeado en el exterior de ángeles que lo sostienen. Á igual época pertenece la cubierta, en que se mira grabado el *Calvario*, y de resalto la inscripción latina relativa á las reliquias allí custodiadas. Completa el monumento peregrina orla que circuye el frente del *Arca*, revelando en los caracteres arábico-mahometanos que la forman, la confluencia de otro arte que en siglos posteriores debía lograr no insignificante desarrollo» (*El Arte latino-bizantino en España*, cap. II, ps. 38 y 39). Es para nosotros indudable que precediendo originariamente tan peregrino y rico monumento á la invasión mahometana, pudo ser y fué trasladado á las Asturias, como natural consecuencia de las calamidades que afligian al pueblo cristiano, y (lo que aparece de mayor efecto para los presentes estudios) que reconstruido tres siglos más tarde por la magnificencia del delgado de Toledo, revela de una manera luminosa é inequívoca la tradición vigorosa de las bellas artes, y con ella la prosecución de las costumbres en trajes, armas y ornamentos. «Aquel manto, que según la expresión de San Isidoro, cubría sólo las manos» (*quod manus tegat tantum*): aquellas tocas (amiculos) que habían sido entre los antiguos señal de prostitución, y que eran, al escribir San Isidoro, signo de honestidad (*nunc in Hispania signum honestatis*); aquellas ricas fimbrias (*fimbriae*) que orlaban las túnicas y lacernas (*pallia fimbriarum*); aquellas fibulas que sujetaban los mantos y cíngulos de los varones en hombros y espaldas, y las capas de las mujeres (*pallia foeminarum*) sobre el pecho; y finalmente aquellos *trubucos* que cubrían las tibias y sujetaban las bragas (*brachae*) aparecen en el grabado ó grafito que enriquece la tapa del referido monumento con la representación del *Calvario*, mostrando que artes y costumbres se conservaron en la tradición con más vitalidad y fuerza de las que

Pacense¹, quien bosquejando con tristes pinceladas el cuadro que tenía delante, nos dá el más auténtico testimonio de la zozobra sin ejemplo en que vivían los cristianos. Nacido, como Cixila, en

«generalmente se sospechan» (*El Arte latino-bizantino*, cap. II, págs. 41 y 42). Sujetas á esta misma ley y encaminadas constantemente al mismo fin, se ofrecen pues á nuestra contemplación las letras patrias en medio de las grandes contradicciones que excitan el heroísmo de nuestros mayores, según irán poniendo de manifiesto nuestros sucesivos estudios.

¹ En el momento de imprimir estos capítulos, hallamos en la *Histoire des Musulmans d'Espagne*, debida al entendido R. Dozy (tomo II,—II), tratando del estado de la Península, y en especial de la situación del clero, al verificarse la conquista mahometana, estas palabras: «On peut se faire une idée de leur manière de voir, quand on lit la chronique latine, qui a été écrite à Cordoue en 754, et que l'on attribue, mais à tort, à un certain Isidore de Beja.» Dos afirmaciones encierran estas líneas, dignas de repararse: 1.^a La de que la *Chronica* se escribe en Córdoba: 2.^a La de que se atribuye con error á Isidoro de Beja, ó Pacense. Pero ¿en qué fundamentos estriban? Hasta ahora ha gozado (que nosotros sepamos) Isidoro Pacense de esta gloria, sin contradicción manifiesta: Sandoval, don Nicolás Antonio, Berganza, don Juan Bautista Pérez, Ferreras, Florez y otros muy doctos españoles, con los extranjeros Vaseo, Pagi, Marca, Resende, el continuador de Belarmino, etc., etc., han reputado á Isidoro Pacense ó de Beja verdadero autor de la *Chronica*, en cuyo exámen entramos: sólo Ambrosio de Morales y el P. Mariana mostraron en algunas notas sueltas que publicó Florez (*Esp. Sag.*, tomo VIII, trat. XXVII, apénd. II, pág. 275 y sigs.) algunas dudas, cayendo en los errores que el mismo Florez desvanece sobre los libros que debían atribuirse á Isidoro; mas sin negar que fuera autor de la *Chronica*, y dando á esta mayor extensión de la que realmente tiene, pues que le llegó á añadir Morales la escrita por San Isidoro de Sevilla (Florez, loco cit., pág. 278). Vaseo, nada sospechoso, ni parcial respecto de nuestras cosas, «testifica haber visto el *Chronicon*, de que hablamos, escrito en nombre de Isidoro Pacense»: de modo que «por autoridad del códice, en que según este docto escritor se leía su nombre, y por la común persuasión de los autores, así españoles como extranjeros, que le citan como obra del Pacense (escribe el fundador de la *España Sagrada*), insistimos en dar el documento [la *Chronica*] con título del *Pacense*» (ut supra, pág. 270). Ahora bien: si este es el voto general y no contradicho de una manera formal y victoriosa, ¿en qué se apoya R. Dozy para asentar aquellas afirmaciones?... Sin duda escritor tan perspicaz y entendido no se habrá aventurado sin pruebas; pero como no se ha servido exhibirlas, nos es de todo punto imposible el admitirlas ó refutarlas, siguiendo ó desechando las nuevas opiniones que trae al campo de las letras. Como quiera (y esto es de suma importancia para la autoridad y significación de la *Chronica* que vamos á exa-

los últimos instantes del Imperio visigodo, contempla con profunda amargura su aniquilamiento; mas lleno de admiración y de sorpresa, al considerar la rapidez con que los sectarios de Mahoma habían sometido al yugo del Islam la mitad del mundo, comprende que hay en aquel pueblo algo grande; y procurando reconocer el origen de su poderio, sigue en todas partes sus sangrientas huellas. Su *Chronica*, que abraza desde la Era de 649 á la de 792 [611 á 754], encierra por tanto la historia del pueblo sarraceno desde el momento en que invade la Siria, la Arabia y la Mesopotamia [618] hasta el sétimo de Yusuph, vigésimosegundo y último de los amires que gobernaron la Península en nombre de los Califas de Damasco.

Enlazada la narración de estos hechos con la historia del Imperio bizantino y con la visigoda, no en balde ha merecido el obispo de Paz Augusta que se le tenga por continuador del grande Isidoro: su *Eptome* comienza en el reinado de Heraclio, donde puso fin á sus tareas históricas el docto prelado de Sevilla. Pero al dar el Pacense semejante latitud al cuadro que intentaba desarrollar, fijó principalmente sus miradas en los sucesos que provenían de la invasión sarracena, considerando los acontecimientos anteriores como preludios de la gran calamidad que había caído sobre Iberia, calamidad llorada por él en la misma forma que había llorado Idacio su ruina, al ser despedazada por los bárbaros del Norte. Debe, sin embargo, notarse que en la brevedad con que recorre aquel importante período de la monarquía visigoda, no olvida rendir el homenaje de su admiración á las vivísimas lumbreras que habían iluminado la Iglesia, y con ella la civilización española: el respetado autor de las *Etimologías*, á quien en medio del naufragio universal celebraba Espa-

minar), Dozy reconoce que fué escrita en medio del conflicto producido por la conquista mahometana; y aunque siendo por extremo benévolo con el Islam, no descubre en las cláusulas de Isidoro todo el dolor que nos revelan, y le supone más favorable á los musulmanes que todos los escritores españoles anteriores al siglo XIV, todavía admite que no carece de patriotismo, deplorando «les malheurs de l'Espagne,» y siendo «la domination arabe pour ui la domination des barbares, efferum imperium» (loco citato).

ña como claro maestro ¹, despertaba su entusiasmo con la profunda y sazónada doctrina de sus numerosos libros: Bráulio, obispo de Zaragoza, que despues de San Isidoro excedía en ciencia y virtud á todos los obispos de España, le infundía la más alta veneración con la elocuencia de sus epístolas, admirada por Roma, madre y señora de las ciudades ²; Tajon, docto en el estudio de las letras profanas, aparecía á su vista como el acendrado intérprete de las Escrituras ³; Eugenio cautivaba su afecto con la piedad de su alma y la elevación de su talento; Ildelfonso le arrebató con la pureza y elegancia de su estilo, mereciendo que le apellidase *boca de oro* ⁴; Julian excitaba su respeto por la solidez y brillo de sus doctrinas, aceptadas y aplaudidas dentro y fuera de España ⁵; Felix, último de aquellos ilustres prelados que resplandecen en los concilios, le ofrecía finalmente en su gravedad y prudencia digno modelo de sacerdotes ⁶. Así pues consignaba en su *Eptome* la deuda de amor y de respeto que España tenía contraída con tan esclarecidos varones, perpetuando la fecunda tradición de su saber y sus virtudes ⁷.

Mas si logra divertir un momento con estas apacibles memorias

1 «Isidorum Hispalensem metropolitanum Pontificem, clarum doctorem Hispania celebrat» (Núm. VI).

2 «Braulius Caesaraugustanus..., cuius eloquentiam Roma, urbium mater et domina, postmodum per epistolare eloquium satis est mirata» (Núm. IX).

3 Ordinis litteraturae imbutus et amicus scripturarum (Núm. XIII).

4 Praemitente tunc Sanctissimo Ildelfonso, meliflue ore aureo in libris diversis eloquente, atque *De Virginitate* nostrae Dominae Mariae semper virginis nitido politoque eloquio, ordine synonymiae perflorente, etc. (Núm. XXII).

5 Iulianus... omnibus mundi partibus in doctrina Christi manet praeclarus (Núm. XXIII). Véanse también los números XXVI y LXXX del mismo *Eptome*.

6 «Felix, Urbis Regiae Toletanae Sedis episcopus, gravitatis et prudentiae excellentia nimia pollet» (Núm. XXIX).

7 Este hecho es de extraordinaria importancia, pues que basta á desvanecer el vulgar y muy generalizado error de que la invasión mahometana redujo á entera oscuridad la nación española. Lejos de apagarse toda luz, vive en medio de la servidumbre, bien que no ajena de zozobra, la que había encendido generoso el grande Isidoro, y se propaga, según ya indicamos y comprueban los siguientes estudios, á las edades venideras.

la acerbidad de los males que tenía delante, no por eso es lícito olvidar que escribe bajo la dolorosa impresión producida en su ánimo por la invasión mahometana, recordando á menudo, con sus vigorosas y aun hiperbólicas imágenes la elocuencia de los Ildefonsos y Julianes, y augurando las dolorosas lamentaciones del arzobispo don Rodrigo y del Rey Sabio.

Narrando la pérdida de Toledo, exclama, por ejemplo:

XXXVI ...«Así, no solamente la España Ulterior, sino también la Citerior hasta César-Augusta, antiquísima y muy floreciente ciudad, abierta en breve por manifiesto juicio de Dios, es des poblada por el hierro, el hambre y el cautiverio. Destruye [Muza], entregándolas al fuego, hermosas ciudades; á los Señores [ancianos] y poderosos del siglo crucifica; despedaza al golpe del puñal á los jóvenes y los niños de pecho; y mientras á todos estimula [á rendirse] con terror semejante, llenas de espanto demandan anhelosas la paz algunas ciudades que permanecían libres, y aconsejando y burlando, con astucia [las] engaña ¹. Ni perdonan la solicitada tardanza: antes bien donde, impetrada la paz, dominados por el miedo se muestran rehacios [en someterse] y huyen de nuevo á las montañas, perecen de hambre y varia muerte...»

XXXVII «¿Quién podrá narrar tantos conflictos? ¿Quién enumerar tan imprevistos naufragios?... Porque si todos los miembros se trocasen en lenguas, todavía no pudiera bastar la naturaleza humana á decir los desastres de España, ni tantos y tales infortunios. Mas para que en breve espacio indique al lector todos los azotes [que la afligen], dejadas las innumerables matanzas del siglo que desde Adam hasta ahora por infinitas regiones y ciudades produjo en el mundo el enemigo impuro; cuanto padeció históricamente la cautiva Troya; cuanto en vil servidumbre agobió á Jerusalem, cumplidas las predicciones de los profetas; cuanto por los dichos de las Escrituras sufrió Babilonia; cuanto llevó, finalmente, á cabo Roma en el martirio, decorada por la

¹ Antes había calificado los pactos concedidos por los mahometanos con el nombre de *pace fraudifica*, manifestando así la fé que le inspiraban: despues veremos hasta qué punto le asistía la razón.

»nobleza de los Apóstoles... todas y tantas cosas experimentó, »así en lo que atañe á la honra como en lo que se refiere á la »afrenta, la desdichada España, otro tiempo deliciosa, mísera del »todo ahora ¹.»

Ni le afligen menos profundamente la devastación que ejecutan los amires en la Península y los estragos de la guerra civil, que, desolando las Españas, asientan á Abd-er-Rahman en el trono de Córdoba. La crueldad y rapacidad de Muza-ben-Nosayr, que despues de entregar al fuego las más hermosas ciudades [civitates decoras], crucificando á los ancianos y á los magnates, y degollando á las jóvenes y á los niños, saca de España inmensos tesoros ²: la codicia de Al-Horr-ben-Abd-er-Rahman, que persigue, encarcela y atormenta á los africanos, para arrebatárles las riquezas allegadas en el tiempo de la conquista, con lo cual dá principio á las enemistades que ensangrientan despues el suelo de Iberia ³; la dureza de Assamh-ben-Máleq, que grava el pecho de los cristianos para llevar las armas sarracenas al otro lado de los Pirineos, donde halla su muerte ⁴; la inhumanidad con que Ambisa-ben-Sohim-el-Kelbí duplica los tributos que esquilaban á los mozárabes, contribuyendo los vivos por los muertos, cual si estos existieran ⁵; y finalmente el odio y furor con que los mismos capitanes mahometanos se persiguen, combaten y degüe-

¹ Aunque podamos ser tildados de insistentes, parécenos muy oportuno trasladar las palabras con que el arzobispo don Rodrigo refiere esta dolorosa situación de las Españas: «Quicquid illa Babylon magna inter regna saeculi a Cyro et Dario subversa pertulit, nisi quod perpetuo exterminio solum a bestiis et serpentibus habitat: quicquid domina provinciarum Roma ab Alarico, et Athaulpho Gothorum regibus, et Giserico Vandalorum principe est perpressa: quicquid Hierusalem iuxta dominicam prophetiam lapide super lapidem non relicto sustinuit diruta et incensa: quicquid Carthago nobilis a Scipione Romano direptione, et incendio passa fuit, hoc misera Hispania omnium cladum coniectis miseriis [est] experta» (Lib. III, cap. XX). La imitación no puede ser más terminante: en su día veremos cómo esta pintura, ya tradicional, se amplía en la pluma del Rey Sabio.

² Número XXXVIII.

³ Número XLIV.

⁴ Número XLVIII.

⁵ Número LII.

llan, destruyendo en medio de sus rencores las ciudades y fortalezas que perdonó el acero de Tariq, de Muza y de Abda-l-áziz, y descargando el azote de su ira sobre los indefensos cristianos..., todos estos lamentables accidentes de la primitiva dominación árabe despiertan en el obispo de Paz Augusta honda amargura, que se refleja en cada una de sus páginas, dando á toda la *Chronica* patético y singular colorido.

Sin duda esta circunstancia, no indiferente por cierto cuando se trata de la índole y carácter especial de cada ingenio y de cada obra literaria, ha sido causa de que algunos críticos modernos le tilden de apasionado y por demás declamador, poniendo en tela de juicio su autoridad, y recurriendo á otras fuentes históricas para comprobarla. Pero no se ha considerado, al lanzar esta acusación sobre el único escritor, que en medio de tantas calamidades osó tomar la pluma para transmitir su memoria á los futuros siglos, que aun dadas aquellas dotes características que le hermanan interiormente con los ingenios españoles de todas edades, en la ingenuidad con que reconoce en Abda-l-áziz las nobles prendas que le costaron la vida, en la solicitud con que elogia la severidad y justicia de Yahya-ben-Zalema, quien obligó á los musulimes á que restituyesen á los cristianos los bienes de que en tiempo de paz los habían despojado, y en la llaneza con que aplaude y ensalza las virtudes de otros capitanes y personajes mahometanos, ofrecía el Pacense claro é irrefragable testimonio de la rectitud de su alma, siendo inevitable el dolor de que aparece esta poseída, al ver la patria bajo el yugo de un pueblo enemigo de su Dios y de su independencia.

No exijamos al obispo de Paz Augusta lo que no es lícito exigir de nadie, humanamente hablando: el tono que dá al *Epítome* que ha llegado á nuestros días ¹, poniéndonos de relieve sus in-

¹ Isidoro Pacense (á quien, conforme vá indicado, número no despreciable de escritores apellidan de Beja), segun se deduce de sus palabras, escribió otro *Epítome* relativo á las guerras civiles de los mahometanos y á las persecuciones que ejecutaron estos contra el culto católico. De esta obra decia en la Era 780 [año 742]: «Sed quia nequaquam ea ignorat omnis Hispania, ideo illa minime recenseri tam tragica bella ista decrevit historia; quia iam in alia *Epítome*, qualiter cuncta extiterunt gesta, patenter et paginaliter manet nostro

timas afecciones y deseos, nos pinta con toda verdad al historiador cristiano del siglo VIII, que vive en pesado cautiverio. Su estilo, ágricamente censurado por los latinistas, aunque apasionado y cargado á veces de epítetos gráficos y pintorescos, no puede ser ya florido y elegante, como el de San Julian, á quien más se semeja entre los discípulos de Isidoro, ni ostentar la ruda sencillez y llaneza de que en más cercanos tiempos se reviste la historia: su lenguaje, puesto que alterado y corrompido por la ignorancia de los trasladadores ¹, hallábase no solamente á incalculable distancia de la antigüedad clásica, sino tambien de la no lejana Era de los Eugenio y Ildefonso. Y sin embargo, Isidoro Pacense se precia, como aquellas ilustres lumbreras de la Iglesia y de la civilización españolas, de conocer la historia y las letras de la antigüedad, haciendo oportuno alarde de estas nociones en el *Epítome* que es-

stylo conscripta) (págs. 316 y 317 de la ed. de Florez). Y en la Era 781 añadia: «Quisquis vero huius rei gesta cupit scire, singula in *Epítome temporum* legat, quam dudum collegimus, in qua cuncta reperiet enodata; ubi et praelia Maurorum adversus Cultum dimicantium cuncta reperiet scripta, et Hispaniae bella eo tempore imminetia releget annotata» (págs. 318 y 319 de id.). Debemos notar que don Nicolás Antonio sospecha que puedan ser dos diferentes *Epítomes*; pero atendida la oportunidad de la cita del mismo Pacense y el sentido de sus palabras, no parece caber duda en que se referia á un solo trabajo.

¹ Para prueba de las inexactitudes y errores de las copias que han llegado á los tiempos modernos, bastará sólo comparar la edicion de Florez (*España Sagrada*, tomo VIII, apénd. II) con la de Sandoval, quien publicó este *Epítome* por vez primera (Pamplona, 1615), ó la de Berganza, que lo incluyó en su *Ferreras convencido* (Madrid, 1729). El Maestro Florez, que tuvo presentes estas circunstancias, no vaciló en declarar que «la mayor culpa de los defectos que al Pacense se atribuyen, provino de los copiantes,» no siendo posible admitir [fuera de los errores que subsana] que un prelado que se cria y educa en la escuela de los Isidoros, Eugenio y Julianes, cayera en tantos extravios, por más que se suponga adulterada la lengua latina á mediados del siglo VIII. Las obras escritas años adelante convencen sin duda de lo contrario: la del Pacense, de que vamos hablando, se dió últimamente á la estampa con este título: *Epítome Imperatorum vel Arabum Ephemerides, atque Hispaniae Geographia, uno volumine collecta*. Sandoval lo habia impreso con el siguiente: *Isidori Pacensis Episcopi Epítome Imperatorum et Arabum una cum Hispania Chronicon, ex codice gothico complutensi et oxomensi* (*Hist. de los cinco obispos*, pág. 1).

tudiamos, al propio tiempo que refleja el estado de la literatura eclesiástica, revelando sus ya inequívocos caracteres. Como Valerio y Cixila, admite efectivamente en la prosa el ornato de las rimas, y como uno y otro las emplea principalmente en aquellos puntos, donde procura excitar la admiración ó el entusiasmo de sus lectores ¹. Y ya sea esto primor del arte, según queda repetidas veces apuntado, ya efecto de la necesidad de prestar á la adulterada lengua latina algun aliciente extraordinario, ó ambas cosas al par, justo nos parece observar que imprime al estilo y lenguaje del Pacense un carácter especial, conforme han notado antes de ahora diferentes críticos, habiendo dado ocasion á que el diligente Vaseo, que se aprovechó sobremanera del *Epítome*, le tuviera por un verdadero *portento* ².

Paguemos pues el tributo de respeto que merece al obispo de Paz Augusta, por haber consignado en sombrío, desconsolador y despacible cuadro, pero verdadero y enérgico, la funesta situa-

¹ La corrupción con que ha llegado á nuestros días el *Epítome* del Pacense, hace todavía más peregrina esta manera de ornato. Al narrar los estragos producidos por los sarracenos, cuando invaden las Españas, escribía: «Dum per supranominatos missos Hispania vastaretur, et nimium solum hostili, verumetiam intestino furore confligeretur, Muza et ipse ut misserrimas adiens gentes per Gaditanum fretum columnas Herculis pertendentes et quasi fumi indicio portus aditus demonstrantes, vel claves in manu transitum Hispaniae praesagantes, vel reserantes, iam olim male direptam et omnino impie adgressam perditans penetrat.» Y despues: «Civitates decoras igne conere-mando precipitat: seniores et potentes saeculi cruci adiudicat: iuvenes atque lactantes pugionibus trucidat.» etc. (Núm. XXXVI). En todo el *Epítome* se nota el mismo compaseamiento de las frases, el cual prueba, como en Cixila y Valerio, deliberado y constante propósito, si bien no siempre es uno mismo el primor de la rima, conforme al precepto de las *Etimologías*. Véase la *Ilustración* núm. I de este volúmen.

² Las palabras de Juan Vaseo son: «Portentum potius dixerim quam Chronicon: adeo prodigiose scribit et gothice potius quam latine. Certe mihi tanquam in novo quodam et inaudito idiomate desudandum fuit, ut intelligerem» (*Chron.*, cap. IV). Si este erudito escritor hubiera conocido la edicion de Florez, no habria encontrado tanta dificultad para entender al Pacense. Sin embargo, según observa don Nicolás Antonio, copió del referido *Epítome* (desde los años de 612 hasta 747) lo más sustancial de su crónica (*Bibli. Vetus*, lib. IV, cap. III).

cion de España en la primera mitad del siglo VIII, reconociendo al propio tiempo que no en las bellezas de estilo y de lenguaje, sino en la exactitud y veracidad del cuadro estriba su principal mérito. Pero no olvidemos advertir, para ser justos, que como siempre que el sentimiento es verdadero, tal vez se escriba historia, tal vez poesía, halla la expresion más propia y adecuada, resalta en el *Epítome* del Pacense cierta unidad peregrina entre el doloroso fondo de la historia y la forma de que esta aparece revestida. El obispo de Paz Augusta tiene tambien en esto no pequeña semejanza con el prelado de Aquas Flavias: Idacio, sin tiempo ni sosiego para trazar su *Chronicon* sobre la pauta de los antiguos historiadores, ni para imitar siquiera al español Orosio, trunca y quebranta su narracion, como se aniquilaba y derruia el Imperio romano bajo la muchedumbre de los bárbaros: Isidoro, en medio del clamor y duelo universal de los cristianos, oprimidos bajo el yugo del Islam, tampoco alcanza aquella paz del ánimo que habia menester para seguir las huellas del historiador de Wamba, respondiendo en sus oscuras y difíciles cláusulas al lastimoso caos en que veia sepultada la renombrada monarquia de los visigodos.

Esta tribulacion, que así conmueve y quebranta los fundamentos de la sociedad, debia tambien por desgracia alcanzar á la religion, reflejándose en la esfera del dogma. Cuando se destruye y desaparece lo existente; cuando en mitad del comun naufragio faltan generosos pilotos, que aspirando á un solo fin, lleven de consuno la nave de la Iglesia y del Estado á puerto seguro por entre sirtes y escollos, si no flaquea ni se entibia la fé, que brilla por el contrario con más vivos resplandores, búscanse con estéril afan nuevos caminos de explicar sus misterios, cayendo á menudo en la prevaricacion ó en el abismo. No otra cosa sucede á Elipando, varon nacido de la antigua estirpe visigoda ¹, que sube á la silla de Toledo por los años 782: este prelado, insigne por la austeridad de su vida y celebrado ya por su ingenio y ardiente

¹ Elipandus ex antiqua gothorum gente prognatus erat (Mariana, *Annalium Hispaniae*, lib. VII, cap. VIII).

celo contra los errores de Migecio ¹, cediendo tal vez á las instancias de Felix, obispo urgelitano ², dejándose dominar de los extravíos de los cordobeses ³, ó lo que parece más cierto llevado de la novedad, peligrosa como todas las novedades, del monoteísmo mahometano, no sólo admitió la herética doctrina de que *era Cristo hijo adoptivo de Dios*, renovando así la impiedad de Nestorio ⁴, sino que defendiéndola con excesivo

1 Véase la carta que dirigió á este hereje, publicada por el Maestro Florez en el *Apéndice* núm. X del tomo V de la *España Sagrada* (pág. 524), donde trata de la *Historia de Elipando y Egila* (pág. 507 y sigs.). Migecio cayó en los grotescos errores y delirios de afirmar que David era el Padre Eterno; que la segunda persona de la Trinidad no era la engendrada por el Padre, sino la que descendía del linaje de David, y que la tercera era San Pablo, añadiendo que los sacerdotes no debían tenerse por pecadores, y que si lo eran, no podían acercarse al altar; con otras extravagancias de igual jaez y naturaleza. Derramado el error en aquellas mismas comarcas donde había florecido la doctrina de Isidoro [inter Ispalitanos], acudía Elipando á extirparlo, no sin desplegar en la citada epístola grande erudición y ardorosa elocuencia. Pero contaminado ya con la heregia de la *adopcion de Cristo*, á que nos referimos, sucedió al metropolitano de Toledo lo que al loco de Cervantes, malogrando su ingenio, su erudición y su elocuencia, bien que alcanzando singular renombre en la historia de las prevaricaciones humanas.

2 El celebrado Jonás Aurelianense, en sus libros *Adversus Claudium Taurinensem*, se expresaba del siguiente modo: «Quidam Felix nomine, actu infelix, Urgellitanensis civitatis episcopus... iuncto scelerato errori Elipando Toletanae urbis Episcopo, secundum humanitatem esse proprium filium Dei, sed adoptivum praedicare ausus est; et hac virulenta doctrina uterque Hispaniam magna ex parte infecit.»

3 El primero que indica esta idea es Alcuino en su epístola al mismo Elipando: «Maxime [dice] origo huius perfidiae de Corduba civitate processit.» Álvaro Cordobés, de quien hablaremos en breve, parece rechazar esta acusación, dando por autor al mismo Elipando, cuando escribe: «Eo tempore quo Elipandi lues vesano furore nostram vastabat provinciam» (*Cart. IV*, núm. 27). Si hubiera tenido en Córdoba nacimiento la heregia, no dijera Álvaro *lues Elipandi*, etc., lo cual parece demostrar que el error vino de fuera, siendo Elipando su propagador por lo menos. Sin embargo, como observa el mismo Álvaro, produjo, hasta ser condenado, no poco daño en aquella provincia.

4 El docto Mariana escribía al propósito: «Del trato y conversacion con los moros, era forzoso se pegasen á los christianos malas opiniones y dañadas. En particular estos dos preladados [Felix y Elipando] despertaron y pu-

calor, pugnó por imponerla á todos los preladados que vivían bajo el dominio de los árabes, aspirando también á introducirla en la ya creada monarquía asturiana ¹.

Dobláronse algunos á la autoridad del metropolitano de Toledo; y cundiendo el contagio hasta Sevilla y Braga, al propio tiempo que inficionaba á Ascario, obispo de la última ciudad, excitaba la piedad de Theudula, que tenía su cátedra en la primera, para que movido del celo de las Escrituras, saliese á la defensa de la verdad, comprendiendo cuánto importaba á la sazón conservar la pureza é integridad del dogma católico ². Rechazaban igualmente la heregia desde las montañas de Liébana y de Asturias [785] Beato y Etherio, quienes irritando con su enérgica y abierta contradicción al desvanecido metropolitano, dieron motivo á que fulminase contra ellos agria y punzante censura en una epístola, dirigida al abad Fidel, que fué tal vez el primer prelado de Obona ³, carta que era mostrada al presbítero y al obispo por el mis-

»blicaron los errores de Nestorio, que en el tiempo pasado por diligencia del concilio Ephesino fueron sepultados, como quien aviva las centellas y quemada» (*Hist. gen. de España*, lib. VII, cap. VIII; *Annalium Hispaniae*, id., id.).

1 Elipando dirigió sus tiros tan altos que aspiró á contaminar con su error á la reina Adosinda, esposa de Silo. Mariana dice: «En particular pretendió enlazar en aquel error á la reina Adosinda, mujer que fuera del rey Silon. Ella, como prudentísima y muy santa, respondió que no le tocaba juzgar de aquella diferencia,» etc. (loco citado). Lo mismo han repetido todos los que trataron hasta ahora de este punto (*España Sagrada*, tomo V, trat. V, cap. V), refiriéndose á las palabras de Etherio y de Beato, que en las notas siguientes transcribimos.

2 El referido Álvaro Cordobés añadía en la carta citada: «Vester nunc requisitus Episcopus Theudula, post multa et varia de proprietate Christi veneranda eloquia, tali fine totius suae dispositionis conclusit *Epitoma*, ut diceret: si quis carnem Christi adoptivam dixerit Patri, anathema sit.»—También hace mención el mismo Álvaro de otro escritor que con el nombre de Basilisco impugnó, aunque incidentalmente, la heregia de Elipando, insertando en la epístola ya citada un breve fragmento de la refutación indicada (Véase el número 28 de la dicha carta, pág. 123 del tomo XI de la *España Sagrada*).

3 Fué el monasterio de Obona fundado por el príncipe Aldelgastro, hijo de Silo, en la Era DCCCVIII (año 770), «regnante principe nostro Silone cum uxore sua Odosinda» (*España Sagrada*, tomo XXXVII, pág. 308).